



Casi al terminar el primer año de esta centuria, cuando bajo los mejores auspicios se iniciaban apenas los trabajos de un nuevo período, la Academia Nacional de Medicina sintióse conmovida con la pérdida realmente irremparable de dos colaboradores distinguidos.

SEMELEDER primeramente, después SOSA: el antiguo socio, casi fundador de esta Academia, cuyas labores dirigió como Presidente electo en dos distintas épocas, el ilustrado y honorable médico austriaco que con tan buena voluntad, solícito empeño y verdadero afán cooperó siempre gustoso al engrandecimiento de la corporación; y el joven y ya sabio profesor, lustre y decoro de la Escuela, cuya preciosa existencia cortó torpemente la cruel é implacable segadora en la mañana del 4 de noviembre de 1901.

Rápida y fatal dolencia arrebató á la vida al SR. DR. D. SECUNDINO SOSA, miembro titular de la Academia, á la cual pertenecía desde el año de 1892, formando parte activa é importante de la Sección de Medicina legal. Su muerte, que nunca será bastante lamentada, fué para los que tuvieron la dicha de conocerle y amarle tan sensible, tan cruel, tan dolorosa y amarga no solamente por lo inesperada y violenta, al grado que pudiera mirarse repentina, sino también, y muy principalmente, porque ella vino á privarlos para siempre de la eficaz y poderosa cooperación de un factor de primer orden, elemento soberbio de cultura, prodigio de talento, luz de gloria en la ciencia y literatura nacionales.

Nacido en humilde cuna en la ciudad de Pue-

bla, hacia el año de 1857, había pisado apenas los umbrales de la edad madura, dejando ya de tiempo atrás estela luminosa inextinguible en las escuelas, donde hiciera sus estudios primarios, preparatorios y profesionales. En esa ciudad realizó los primeros, y los últimos en esta capital, en nuestra Escuela N. de Medicina, en la cual hizo toda su carrera por los años de 1876 á 1889, llegando á obtener el honroso y anhelado título en agosto de 1881.

Acababa, pues, de cumplir veinte años de ejercicio facultativo, durante los cuales había conquistado ya envidiable reputación científica. Fuera de las pruebas escolares correspondientes al curso de sus estudios, que siempre resultaron palmarias muestras de excepcionales aptitudes, sostuvo más tarde con el mejor éxito brillantes concursos, aspirando á la plaza de profesor. Así fué como obtuvo el honorífico puesto de Adjunto de una de las cátedras de Clínica interna de la Escuela.

Distinguido alienista, mereció ser reputado como insigne maestro en la difícil ciencia de la Psiquiatría y fué Director por varios años del hospital de mujeres dementes. Sobre este género de enfermedades, dió en la Escuela de Medicina un curso público extraordinario por lecciones orales á notables abogados, que ocupaban puestos eminentes en la judicatura y en el foro. Los dictámenes que con relación á asuntos médico-legales de su especialidad emitió y sostuvo en diversas ocasiones, ora en estrados, ora en juntas facultativas de carácter privado, fueron constantemente objeto de admiración y aplauso por parte de quienes los motivaron. Y á este respecto cabe asegurar que las exposiciones que hacía eran magistrales, resultando sus discursos acabadas piezas oratorias, nutridas de ciencia y experiencia, formuladas con nitidez, campeando en todas ellas riguroso método, un raciocinio severo é inflexible, vestido con las galas de una dicción fluída, elegante y castiza.

Escritor correcto y concienzudo, dejó señaladas sus producciones todas con el sello de la más pura pulcritud y así forman con entera justicia ornato y verdadero lucimiento de las publicaciones que se honraron con darlas á conocer.

Fué miembro fundador del Instituto Médico Nacional, conservando el carácter de Secretario del establecimiento, plaza que sirvió hasta su muerte con el celo y tino que, dadas sus aptitudes, eran de esperarse y que jamás llegó á desmentir. Por razón de tal empleo, ocupó el puesto de director del periódico órgano del Instituto.

Pertenecía á diversas Sociedades científicas de la República, y como miembro eminente de varias muy respetables, sea de la capital, sea del lugar de su nacimiento, se le designó muchas veces para representarlas en grandes solemnidades públicas. Así se distinguió sobremanera en los Concursos de las Asociaciones científicas, llevando la voz ya por la Academia de Medicina, ya por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, ya por alguna otra corporación de idéntica importancia. En las discusiones habidas acerca del *alcoholismo* en los concursos celebrados en la capital para clausurar la última centuria, dejó realmente pasmado al selecto auditorio que le escuchaba y no pudo menos que prodigarle ruidosa y entusiasta ovación como justo tributo á esa solidez de juicio y brillantez de estilo con que supo exponer y sostener la tesis de que era notoriamente falso el asegurar que nuestra raza indígena había degenerado.

Hijo y hermano amantísimo, fué dechado de virtudes domésticas, y la dolorosa pérdida de su buena é idolatrada madre, acaecida breves

días antes del término fatal de la honrada y laboriosa vida de nuestro querido compañero, tuvo parte muy activa en el infausto suceso que ahora deploramos.

No es esta la ocasión de reseñar uno á uno todos los grandes merecimientos del Dr. Sosa. Día vendrá—de seguro que no tardará mucho—en que se vea realizada con la más recta justicia la noble tarea de enumerar por menor las perdurables cualidades de esta eminente personalidad. Entonces aparecerá radiosa y conspicua la interesante figura del distinguido alienista, honor y lustre de la Escuela y de la Academia de Medicina.

La "Gaceta Médica," que guarda avara como precioso tesoro los valiosos escritos del Dr. Sosa, enluta ahora sus columnas en justa remembranza del inolvidable socio, cuya eterna ausencia lamenta la Academia de todo corazón y con amarga pena. Y al cumplir con el penoso deber de consignar en esta página de duelo las frescas flores del recuerdo, lleven éstas el testimonio indeleble de la profunda consideración, alto respeto y cariñosa simpatía que supo inspirarle y merecerle aquel ilustre colaborador.

¡Duerma en paz el insigne consocio, el leal amigo, el sabio profesor!

Bien puede decirse de él que cruzó por la senda de la vida como fugaz y espléndido meteoro . . . Y al trasponer las puertas de la tumba para dormir el sueño de la eternidad, se reclinó en su lecho *como en su ocaso de oro duerme el sol. . . . !*

noviembre de 1901.

L. TROCENIS ALCALÁ.